



La Batalla de Lepanto Impuestos para la guerra

M^a Reyes Omeñaca Hernández

Los archivos históricos están repletos de respuestas a preguntas que todavía no hemos formulado. Ante una noticia documental encontrada en un archivo nos asalta una pregunta y ahí comienza para nosotros, si tenemos tesón y paciencia, y mucho interés, un itinerario fascinante lleno de posibilidades.

Hace unos meses, cayeron ante nuestros ojos unos cuantos documentos que guarda el Archivo Parroquial de Ágreda relacionados con las guerras que nuestros Austrias libraban en el Mediterráneo contra la amenaza turca, y, a vueltas como andábamos con la vida de Miguel de Cervantes, nos preguntábamos cuál habría podido ser nuestra participación en la batalla de Lepanto; batalla que librara el escritor y de la que, aunque con triunfo, quedó impedido de la mano izquierda.

Capitanes han salido de nuestra nobleza agradeña para guerras anteriores y posteriores, caballeros y escuderos también. Pero no eran esas las evidencias que se desprendían de los documentos bien guardados, no aparecían allí hombres que combatieran en «la mayor ocasión que vieron los siglos».

Los costes de la guerra

Lo que podemos afirmar es que si no intervinimos de forma directa, sí ayudamos a sufragar esa empresa militar, según era obligación sostener económicamente la impresionante máquina de guerra que Carlos I y después Felipe II tenían desplegada en Europa y en el Mediterráneo.

Al menos desde la época de los Reyes Católicos, el Papa concedió a nuestros monarcas recursos del clero. Estos impuestos debían pagarlos los eclesiásticos y los beneficiarios de los diezmos (incluidos los nobles).

En el siglo XVI la Corona ya disfrutaba de las llamadas «tres gracias» otorgadas por Roma: La Bula de Cruzada, el Excusado y el Subsidio. Estos pagos acabaron con la exención histórica de la que la Iglesia había disfrutado.

Todas las diócesis contribuían al subsidio y la contabilidad de este tributo es abundante y pormenorizada. Y estos son los documentos de nuestro archivo que certifican

cómo Ágreda, los pueblos de su Tierra y Ólvega apoyaron las campañas militares entre las que se encuentra la famosa de Lepanto.

La razón por la cual la Iglesia aportaba fondos tan cuantiosos a la Corona venía justificada por la naturaleza de las contiendas; libradas para «mantener la defensa de la Cristiandad contra los herejes», «ayudar a los grandes gastos de la guerra contra los infieles», «combatir al turco» o para «sustento de las galeras que andan a costa del dicho subsidio». Así se expresan la mayoría de los documentos.

De lo hallado en el archivo, destacaremos dos documentos salidos de la mano del rey, uno de Carlos I y otro de Felipe II. Son dos cartas fechadas en 1555 y 1560 respectivamente. Hay entre estos dos documentos una distancia



«Combate naval de Lepanto», obra de Juan Luna Novivio (1857-1900).

de cinco años, diremos que los estudios sobre los impuestos que la Iglesia pagaba a los Austrias, señalan que el subsidio y excusado se recaudaban por quinquenios, normalmente en pagos

Foto del título: En 1580, el pintor veneciano Andrea Vicentino realizó un gran óleo sobre la batalla de Lepanto para el palacio Ducal de Venecia, en sustitución de una obra anterior de Tintoretto que resultó destruida en un incendio. Palacio de los Dogos, Venecia.

semestrales. También hemos sabido que estuvieron sujetos, estos y otros impuestos eclesiásticos, a muchas modificaciones y que el subsidio se cobró durante trescientos años. De las pruebas que conservamos referidas al pago del subsidio, y que a continuación estudiaremos, parece colegirse un pago bianual, dividido en dos entregas.

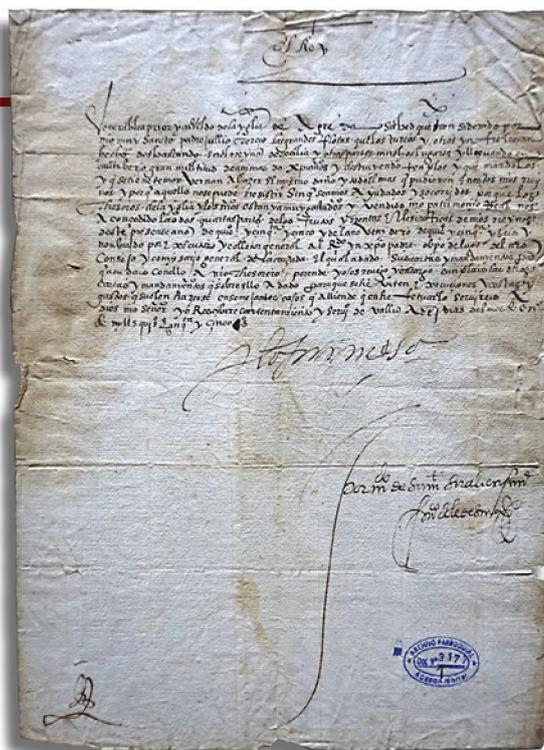
Es cierto que también se encuentran otros documentos emanados del Papa, de la Bula de Santa Cruzada, que exceden el interés de este artículo y merecen participar en un estudio de conjunto sobre la fiscalidad eclesiástica.

Asociado al primero de los documentos que hemos escogido, la carta de Carlos I, es digno de estudio un tercer documento hallado en el Archivo Parroquial: el testimonio de la entrega en frutos y rentas que responde a la petición del rey. Son ocho folios de detallada contabilidad, en ellos se asienta la entrega de la renta del señor obispo, el arcediano de Tarazona, el arcipreste de Ágreda, la iglesia de San Juan, San Pedro, Santa María de Magaña, Santa María de Yanguas, Santa María de la Peña, San Miguel, Ólvega, La Cueva, Fuentes, Dévanos, San Lázaro, Vozmediano, Capellanías -del doctor Carrascón, de Leonor Garcés, de Luis Gómez, de Camargo, de Francisco del Rincón, etc-. Después el Campo de Ágreda: Añavieja, San Felices, Castilruiz, Fuentestrún, Valdelagua, Los monjes de Fitero, Trébago, Montenegro, Matabreras, Muro y Beratón.

En primer lugar queremos hablar de los protagonistas de las dos cartas reales de petición del subsidio y así ubicarlas en el tiempo histórico y sus circunstancias.

La más antigua de las cartas lleva fecha de 1555, afecta al pago de ese año y del siguiente, 1556. Aunque la expide el rey, la firma la princesa, su hija. Nos encontramos a un paso de que Carlos I abdique a favor de su hijo; ya era frecuente que Felipe actuara como regente en muchos asuntos de estado, en su ausencia era su hermana quien asumía este puesto, así lo es en este trance, rutinario, por cierto. Carlos I, ausente de la Península en tantas ocasiones por los fuertes reclamos de sus dominios en Europa, había dejado la regencia de los reinos de España, en primer lugar a la emperatriz Isabel, su esposa. Muerta esta, le correspondió al heredero Felipe, en ausencia del cual María, la hermana mayor, se hizo cargo temporalmente del gobierno. En este caso que nos ocupa, es la joven viuda Juana (1535-1573), la tercera hija del emperador, quien rige los asuntos, muy graves algunos, de España. Felipe, príncipe de Asturias, ha marchado a Inglaterra para casarse, en segundas nupcias, con María Tudor. Es el mismo príncipe quien pide a su hermana que regrese de Portugal, donde deja a su hijo recién nacido (el después rey Sebastián I), para hacerse cargo de la regencia que él no puede asumir. Carlos I admite, no sin reservas, la decisión de su hijo y Juana será responsable del gobierno durante muchos años, también bajo el reinado de Felipe II, cuando era necesario.

Rubrica el despacho don Francisco de Ledesma, por mandato de la princesa. El documento



va dirigido al «Venerable prior y cabildo de la Iglesia de Ágreda». El Papa que concede el subsidio es Julio III, que habrá de morir en el mes de marzo de ese mismo año de 1555 y que había presidido el Concilio de Trento. Con referencia a este Papa, cabe decir que, tras enemistarse con el rey francés, este se confabuló con los turcos, que, con el apoyo de Francia, pudieron hostigar más fácilmente las costas italianas, mientras los franceses se apoderaban de Sicilia. El apoyo de este Papa a Carlos I es de interés mutuo.

Contra los turcos y otros infieles

En el encabezamiento de la carta se lee: «Sabed que considerado por nuestro Sancto padre Julio Tercio las grandes flotas que los turcos y otros infieles han hecho desbastando en el reino de Sicilia y otras partes de muchos lugares y llevando en cautiverio gran multitud de ánimas de Cristianos y destruyendo templos y quemándolos y que se tiene temor vernán a hacer el mismo daño y a do el más que pudieren a nuestros reinos. Y porque aquello no se puede resistir sin que seamos ayudados y socorridos porque los tesoros de la Iglesia y los míos están ya muy gastados y vendido nuestro patrimonio real, nos ha concedido las dos cuartas partes de los frutos y rentas eclesiásticas de nuestros reinos deste presente año de quinientos y cincuenta y cinco y del año venidero de quinientos y cincuenta y seis...»

Los años a los que corresponde esta carta están distantes todavía a la batalla de Lepanto. Coinciden con un período de grandes pérdidas económicas y marítimas, causadas por los ataques musulmanes en el Mediterráneo. Lejos quedaba para Carlos I la exitosa toma de Túnez.

Volviendo a la sustanciosa recaudación que suponía el pago del subsidio, hay que decir que, sumado este a la Bula y el Excusado, constituía la cuarta parte, y a veces más, de los ingresos fiscales de la Corona. Según los documentos que recogen el pago debido a la anterior petición del rey para nuestra tierra, sabemos que:

La cuantía del pago fue de doscientos sesenta y dos mil quinientos maravedíes. Se procedió a liquidar el pago de 1555 y 1556 en dos pagas de ciento treinta y un mil y doscientos cincuenta maravedíes a finales del 1557 (la Navidad venidera del presente año de 1557) y Pascua de Resurrección de 1558.

Los encargados del repartimiento fueron el Canónigo Juan de Santa Fe, los Beneficiados del Cabildo de la Villa y Sebastián de Beratón, Vicario y Beneficiado de Matabreras.

Se signa el documento a treinta de marzo de 1558 por don Miguel Gómez de Latorre.

El ejecutor, según consta en la carta del rey, era el Comisario General de la Cruzada, obispo de Lugo.

Sería prolijo detallar las aportaciones que cada pueblo, iglesia o particular hacen al conjunto, para ello queda muestra en la imagen de la primera hoja del extenso documento, en ella

se puede leer, tras el encabezado:

«Primeramente ... la renta que el señor obispo tiene de la iglesia de San Julián de esta Villa de Ágreda con la que tiene en el lugar de Ólvega, le cabe a pagar seiscientos cincuenta y cuatro maravedíes y medio...»

De la lectura de este documento contable se puede extraer información valiosa. Por ejemplo:

Podemos saber qué rentas disfrutaba cada una de las iglesias que Ágreda tenía en esa época, a tenor de lo que le corresponde pagar a cada una: San Juan 12570 maravedíes; San Pedro 10315, Santa María de Magaña 7682,5... El número de beneficiados de cada una: San Juan tiene cinco, San Pedro cuatro y Magaña tres. La que más aporta en concepto de primicia es Santa María de la Peña: 886, frente a 174 maravedíes en el caso de San Pedro.

También nos da noticia este documento de las ermitas: en Ólvega hay dos; la de San Sebastián (aporta sesenta y nueve maravedíes) y la de Campiserrado (con veintidós maravedíes). Castilruiz con la ermita de Nuestra Señora de los Ulagares (treinta y cuatro maravedíes y medio). En San Felices hay una abadía (trescientos y tres maravedíes y medio). También contribuyen los monjes de Fitero, con mil cuarenta y ocho maravedíes y medio.

Las Capellanías entregan cantidades muy diferentes, esto se debe a las rentas que los señores (y señoras) recibieran de bienes eclesiásticos. Así; la Capellanía de Camargo es la que da mayor cantidad, 595,5 maravedíes, le sigue la de Francisco del Rincón, 483,5. La Capellanía del doctor Carrascón, con la fábrica de ella, hace dos entregas de 204 y 125,5. La de Leonor Garcés 198. La Capellanía de Luis Gómez tiene dos anotaciones en el documento, pero una está tachada, como si fuera un error, la que queda asciende a 228.

El documento pudo hacerse de una vez o no. Lo cierto es que la letra es toda del mismo escribano pero las anotaciones se harían en tiempos distintos, así como la recogida del dinero. Es de notar cómo, después de haber cerrado la suma total de pagos y haber firmado el documento, en el faldón del mismo, se añade que: cuando ya se había recaudado la cantidad solicitada por el rey, se habían añadido nuevas Capellanías "que se han acrecentado" después de hacerse el reparto. Estas nuevas Capellanías son de Ólvega y Matabreras y realizaron un pago que ascendió a setecientos noventa y dos maravedíes que quedaron "para provecho general de todos".

De todo lo dicho, se desprende también que el pago se hizo efectivo bajo el reinado de Felipe II, siendo papa Paulo IV, muy poco afecto a la política de este rey Austria.

La segunda carta que hemos encontrado lleva fecha de 1560. Sale de la mano del rey Felipe II y es él mismo quien la firma, la rúbrica es de Juan

Vázquez de Salazar, a quien podemos entroncar con la nobleza que se estableció después en Soria y ha dejado importantes señales.

Nos estamos acercando a la fecha en la que el turco fue vencido en el golfo de Lepanto. Si, como en el caso anterior, el pago se aplazó dos y casi tres años, el dinero alcanzaría al fortalecimiento de la armada que hubo de participar en la campaña memorable. Esta es una conjetura fiable. En los años en los que se emite la carta, Felipe se atreve a una primera expedición contra Trípoli (1560). Adoleció de un liderazgo deficiente y en ella se perdieron veinte galeras y más de seis mil hombres. Para ese intento aún no estaba recaudado el dinero que se nos pide. El desastre sirvió de acicate para acometer la construcción de navíos (galeras fundamentalmente) en España e Italia, esto requirió de un período de unos cuatro años. Al cabo de ellos, los españoles lograron conquistar el Peñón de Vélez en la costa de Marruecos (1564) y al año siguiente abortaron un ataque turco dirigido a conquistar la isla de Malta. Para estos logros, suponemos se pudo contar con la ayuda de nuestros impuestos.

Aunque estas dos cartas halladas sean formularias y tengan un estilo similar, además de la misma finalidad, difieren.

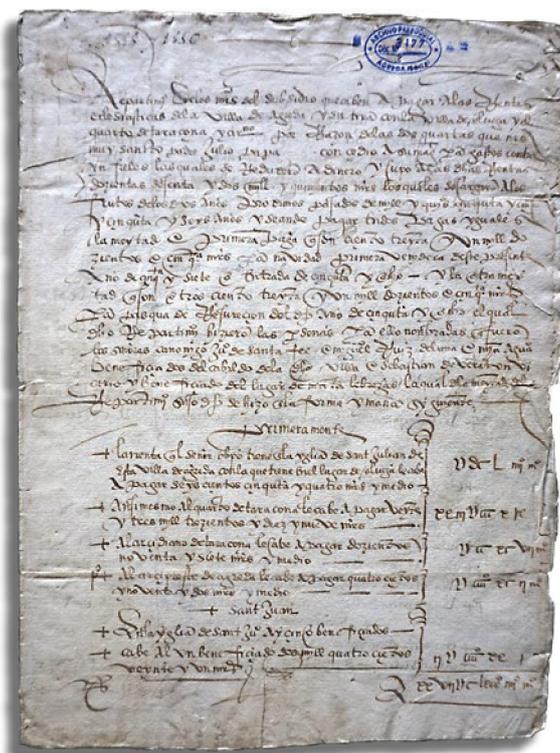
El destinatario es el mismo: "Venerable Prior y Cabildo de la Iglesia de Ágreda". El Papa que auspicia al rey Felipe II es otro: Pío IV, que:

«Considerando las grandes armadas que el turco enemigo común de la Cristiandad echa para invadir la parte que pudiere en nuestros reinos y cautivar cristianos y asolar iglesias y destruir el nombre de Jesucristo, por lo cual su Santidad me encomienda a mí como a principal defensor de la Cristiandad, como mis progenitores lo han sido y con muy grandes necesidades que son notorias, no se puede resistir sin que seamos ayudados y socorridos porque los tesoros de la Iglesia y los míos están ya muy gastados y vendido nuestro patrimonio real, nos ha concedido las dos cuartas partes de los frutos y rentas eclesiásticas...»

También en este caso es el obispo de Lugo quien recauda, pues él era el Comisario General de la Cruzada (probablemente se trataría de otra persona en el ejercicio de este cargo, habida cuenta el tiempo transcurrido entre una carta y otra).

Felipe II es más personalista en la carta, se significa como especialmente llamado a la defensa de la fe. Recordemos que se ha completado Trento y falta poco para que el siguiente Papa cree la "Santa Liga", cuya cabeza será el propio Felipe II.

Los pagos del subsidio y otra suerte de impuestos eran inapelables, si bien abundan las quejas y peticiones de exención o demora; además tenían la marcada periodicidad que ya hemos dicho: dos años. Por tanto el pueblo y la iglesia tributaban



permanentemente, y no olvidemos que Felipe II, como antes su padre, libran otras batallas en otros frentes (Flandes, por ejemplo), con grandes costes y no buenos resultados. De ello se infiere que, aunque no estemos ante la evidencia de haber llegado a Lepanto, sin duda tuvimos que contribuir; y por qué no, celebrarlo. Aquí nos preguntaríamos: ¿Quién pudo

al mando del veneciano Sebastián Venero. Álvaro de Bazán, mandará la reserva y a su cargo estará la decisión en el socorro que haya de darse a cada fuerza.

Las fuerzas navales coaligadas al mando de Juan de Austria derrotaron a los turcos en Lepanto (Grecia) el 7 de octubre de 1571, distinguiéndose Álvaro de Bazán, Juan de Cardona y Luis de Requesens, entre otros españoles. A pesar de la victoria, la Santa Liga fue disuelta en 1573.

Finalmente, las fuerzas enviadas fueron las siguientes:

España: 90 galeras, 24 naves, 50 fragatas o bergantines.

Venecia: 6 galeazas, 106 galeras, 14 naves, 20 fragatas.

Estados Pontificios: 12 galeras, 6 fragatas.

Las fuerzas enemigas

Por otro lado, los turcos habían llamado a todos sus almirantes para concentrar sus fuerzas en Lepanto. El último en llegar fue Mahomet, rey de Negroponte, con 60 galeras y 3.000 soldados.

En total reunieron 210 galeras, 87 galeotas y 120.000 combatientes, de los cuales 50.000 eran soldados, 15.000 tripulaciones y 55.000 galeotes. La «chusma» estaba compuesta de prisioneros cristianos capturados en distintas batallas o asedios. Además, las piezas artilleras ascendían a 750, menos que las cristianas, aunque los arqueros llevaban flechas envenenadas y fueron muy útiles en los abordajes. Al igual que la flota cristiana, están divididos en cuatro cuerpos. Su formación era de media luna: - El primero, cuerpo derecho, al mando de Mahomet Siroco, gobernador de Alejandría, formado por 54 galeras y 2 galeotas.

- El segundo, centro, mandado por Alí Bajá, general en jefe, con 87 galeras y 32 galeotas.

- El tercero, cuerpo izquierdo, lo manda el corsario Cara Hodja (Kodja) con 61 galeras y 32 galeotas.

- El cuarto, o escuadra de reserva o socorro, lo manda Murat Dragut, y tiene 8 galeras y 21 galeotas y fustas.

Las órdenes eran terminantes. El gran señor Selim II ordenó a Alí salir a la mar en busca de los cristianos y combatirlos donde los encontrara. Cuando avistan a la flota cristiana, Pentev y Uluch Alí recomiendan retroceder y ponerse bajo la protección de los castillos, pero Alí, cumpliendo órdenes, manda atacar.

Las consecuencias de la victoria de la Santa liga hacia el Imperio Otomano fueron que las fuerzas de este último no volvieran a amenazar las posesiones europeas del Mediterráneo.

La batalla fue ganada por la «Santa Liga», con el siguiente balance de bajas:

- Santa Liga: 7.600 bajas y 12 galeras destruidas.

- Imperio Turco: 30.000 bajas, 190 naves destruidas, 12.000 cautivos cristianos liberados.



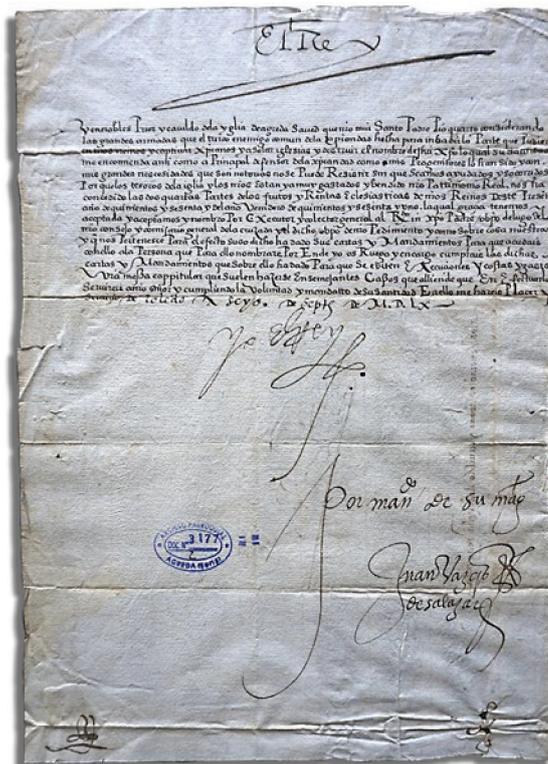
Fresco de la batalla de Lepanto, en el Vaticano.

contarnos los pormenores de la batalla? ¿Cómo íbamos a imaginar el caos y mortandad, la huida del Turco, los cautivos liberados... y tanta suerte de cosas nunca vistas tierra adentro? Al menos sabemos que Lope de Vega lo hizo, en una comedia, *La Santa Liga*, que pintó la hazaña muy vivamente.

Una flota al mando de Juan de Austria

El 20 de mayo de 1571, Felipe II, Pío V y Venecia firman la «Santa Liga». El papa Pío ve la necesidad de unir fuerzas para combatir al turco que un año antes había enviado una expedición contra la isla de Chipre, que estaba en poder de los venecianos. En efecto Chipre cayó en manos de los turcos en 1571, pero, unos meses después, las fuerzas cristianas chocaron con la flota enemiga en la gran batalla de Lepanto.

Pío V nombra generalísimo de la flota a Juan de Austria, cuya alta alcurnia satisface a todos. Juan de Austria se incorpora a la flota con más barcos facilitados por Felipe II, adherido ya a la Liga sin reticencias, y recibe en Nápoles el estandarte de la Liga que le es entregado, en nombre del Papa, por el cardenal Granvela. Juan de Austria se reserva el mando directo del principal grupo de galeras, que formará el centro de combate (66 galeras). El ala derecha la forman 54 galeras al mando de Juan Andrea Doria y, a la izquierda, 54



Esta batalla con la que hemos querido relacionar los esfuerzos, al menos, dinerarios de nuestra comarca se hizo famosa por su singularidad: dejó patente que el invencible turco podía ser vencido, su empuje en el Mediterráneo no sería ya el mismo, a pesar de que los esfuerzos por combatirlo decayeron. Para nosotros, la fama de esta empresa militar está unida a uno de sus protagonistas: Miguel de Cervantes Saavedra. Quien, por lo que viene al caso, también fue, con posterioridad a su breve vida de soldado, recaudador de impuestos, en su caso para sufragar la Armada Invencible.

Cerramos en 2015 el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote* y celebramos en 2016 los cuatrocientos años transcurridos desde la muerte de nuestro gran escritor. En homenaje a estos dos grandes luchadores (criatura y autor), vamos a añadir cómo vino Miguel de Cervantes a vivir, sobrevivir y caer cautivo, en, después y a consecuencia de



Miguel de Cervantes Saavedra

la batalla de Lepanto.

El soldado Cervantes

A Cervantes no hemos de verlo soldado hasta 1570, un año antes de que se libere la histórica batalla. Castellano de Alcalá (1547), sin antecedentes familiares en la milicia, hemos podido seguirle los pasos por Madrid, Valladolid, Córdoba, Cabra, Sevilla y Barcelona hasta verlo embarcar por primera vez con destino a Génova. En 1569 está al servicio del Cardenal Acquaviva, en Roma.

Nunca ha participado en campañas militares ni lo

sabemos muy versado en armas. Si conocemos el vínculo que une a su padre Rodrigo de Cervantes con Álvaro de Sande, héroe memorable de la defensa del castillo de los Gelbes, que fue hecho prisionero y llevado cautivo a Constantinopla, hasta su liberación en 1562. Sea como fuere, deja el servicio palaciego de Acquaviva para entrar el 2 de septiembre de 1570 en Mesina a las galeras que manda el marqués de Santa Cruz. Poco después, ya con su hermano Rodrigo, pasa a la galera «Marquesa», gobernada por Juan Andrea Doria. Fue en esta galera en la que tuvo que pelear.

«Cuando se reconoció el armada del Turco, en la dicha batalla naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo y con calentura, y el dicho capitán... y otros muchos amigos suyos le dijeron que, pues estaba enfermo y con calentura, que estuviese quedo abajo en la cámara de la galera; y el dicho Miguel de Cervantes respondió que qué dirían dél, y que no hacía lo que debía, y que más quería morir peleando por Dios y por su rey, que no meterse so cubierta, y que con su salud... Y peleó como valente soldado con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquife, como su capitán lo mandó y le dio orden, con otros soldados. Y acabada la batalla, como el señor don Juan supo y entendió cuán bien lo había hecho y peleado el dicho Miguel de Cervantes, le acrescentó y le dio cuatro ducados más de su paga... De la dicha batalla naval salió herido de dos arcabuzazos en el pecho y en una mano, de que quedó estropeado de la dicha mano».

De ahí procede el apodo de el manco de Lepanto. La mano izquierda no le fue cortada, sino que se le anquilosó al perder el movimiento de la misma cuando un trozo de plomo le seccionó un nervio. Aquellas heridas no debieron ser demasiado graves, pues tras seis meses de permanencia en un hospital de Messina Cervantes reanudó su vida militar en 1572. Tomó parte en las expediciones navales de Navarino (1572), Corfú, Bizerta y Túnez (1573). Todas ellas bajo el mando del capitán Manuel Ponce de León y en el regimiento de Lope de Figueroa que aparece en El alcalde de Zalamea de Pedro Calderón de la Barca.

Después, recorrería las principales ciudades de Sicilia y Cerdeña, y Génova y la Lombardía. Permaneció finalmente dos años en Nápoles, hasta 1575.

Viajaba en la galera Sol, junto con su hermano Rodrigo, cerca ya de su destino fueron apresados por piratas berberiscos y conducidos a Argel. Así, durante cinco años estuvo cautivo. El hecho de habersele encontrado en su poder las cartas de recomendación que llevaba de don Juan de Austria y del Duque de Sessa, hizo pensar a sus captores que Cervantes era una persona muy importante y por quien podrían conseguir un buen rescate. Pidieron quinientos escudos de oro por su libertad. Rodrigo fue rescatado el primero, Miguel intentó sin éxito fugarse cuatro veces. Su madre empeñó toda la hacienda y la dote de sus hijas para liberarlo, unos frailes trinitarios completaron el rescate. En 1580 vuelve a España. Ya no hay más glorias militares, esperan las literarias y una vida llena de azares. Rodrigo de Cervantes alcanzó el grado de alférez y siguió su carrera de soldado. Murió combatiendo el 1 de julio de 1601 en Flandes.

Cervantes siempre se mostró muy orgulloso de haber luchado en la batalla de Lepanto, que para él fue, como escribió en el prólogo de la segunda parte de Don Quijote, «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».